

Góngora y América

No voy a exponer una nueva teoría ni un descubrimiento sensacional de esos que a cada paso alteran el normal desenvolvimiento de los estudios colombinos o de los cervánticos. No; un poco de calma. Adelantaré, desde luego, para que nadie se llame a engaño, que Góngora tuvo muy poca relación con el continente occidental. Pero puede florecer un relativo interés el dejar consignadas las referencias que el mejor poeta del siglo XVII hace a la tan lejana y para él tan desconocida América. Un trabajo semejante hecho con relación a los otros grandes escritores del Siglo de Oro nos llegaría a dar, mejor que las superficiales generalizaciones, lo que América significó para la mentalidad española de los siglos inmediatamente posteriores a la conquista.

Visión de América.—Afortunadamente, encontramos un pasaje en el cual el poeta quiere dar —y esta vez en serio— los rasgos esenciales del continente americano.

En el año 1615 muere el séptimo duque de Medina Sidonia, casa de la cual Góngora era especialmente devoto: algunos años antes había ya dedicado su fábula de *Polyfemo y Galatea* al conde de Niebla, hijo del duque, heredero del título y casado con una hija del de Lerma, y al de Lerma precisamente dedicará Góngora, un par de años después, su *Panegírico*. Con ocasión de la muerte del duque de Medina Sidonia, comenzó a escribir don Luis una égloga piscatoria que ha quedado inacabada, y en ella

introduce a América y Africa, que llegan a asociarse al duelo. Dos pescadores, Lícidas y Alcidió, contemplan la escena. Y pregunta Lícidas:

*¿Quién, dime, son aquéllas, de quien dudo
cual más dolor o majestad ostente,
plumas una la frente,
palmas otra, y el cuerpo ambas desnudo?*

Y contesta Alcidió, señalando a América:

*Aquella
ara del Sol edades ciento, ahora
templo de quien el Sol aún no es estrella,
la grande América es, oro sus venas,
sus huesos plata, que dichosamente
si ligurina dió marinería
a España en uno y otro alado pino,
interés ligurino
su rubia sangre hoy día,
su médula chupando está luciente.*

Dos ideas hay en esta representación de América —apresurémonos a decir que las dos acuden con frecuencia a la mentalidad de los escritores de nuestro Siglo de Oro—: la primera, religiosa; económica, la segunda. América, según estos versos, es: 1) aquella que durante largo tiempo fué idólatra del Sol, y hoy adora al Dios verdadero, junto al cual el Sol no vale ni lo que una simple estrella, y 2) es una enorme extensión, descubierta, sí, para España por la pericia marinera de un genovés, pero a la cual tam-

bién la usura de los genoveses le está ahora chupando sus riquezas, con pérdida para la economía española.

Religión, dineros. A Góngora, como artista, le importaba muy poco la religión, pero como hombre —y como artista— no dejaron nunca de preocuparle las riquezas humanas. Y este aspecto de América, el ser un país productor de inmensas riquezas, es lo que siempre estará fijo en la mente del poeta. Poca originalidad: la cabeza de Góngora era una cabeza típica de español del siglo XVII, y hubiera podido serlo, con muy pequeñas variantes, de un español del siglo actual.

Las riquezas americanas.—No es que a Góngora no le haya interesado la fauna o la geografía de América. En una ocasión escribirá unos pocos versos sobre el pavo:

*Tú, ave peregrina,
arrogante esplendor —ya que no bello—
del último Occidente...*

en otra, hablará del indiano aletto:

*Tú, infestador en nuestra Europa nuevo,
de las aves, nacido, aletto, donde
entre las conchas hoy del Sur esconde
sus muchos años Febo,
¿debes por dicha cebo?
¿templarte supo, di, bárbara mano
al insultar los aires? Yo lo dudo
que al preciosamente inca desnudo
y al de plumas vestido mejicano,
fraude vulgar, no industria generosa,
del águila les dió a la mariposa;*

en otra ocasión alude, con equivocado desprecio del Amazonas —testigo, Salcedo Coronel— a la geografía fluvial de América:

*... la ribera
del rey del Occidente
flechero Paraguay, que, de veneno
la aljaba armada, de impiedad el seno...*

Otras referencias a geografía, fauna, habitantes, costumbres, etc., del Nuevo Mundo se encuentran entremezcladas en lo que diré después. Pero lo que atrae, sobre todo, la atención del poeta es —como ya he dicho— la fabulosa riqueza americana. El espectáculo del puerto de Sevilla trae a la mente de Góngora, como a la de casi todos los escritores de la época, un eco de aquel lejano esplendor: Sevilla,

*aquella Fénix del orbe
que debajo de sus alas
tantos hoy leños recoge;
gran Babilonia de España,
mapa de todas naciones,
donde el Flamenco a su Gante
y el inglés halla a su Londres;
escala del Nuevo Mundo,
cuyos ricos escalones,
enladrillados de plata,
son navíos de alto borde;*

y la visión del Betis, cuando surcan

*... su corriente
velas del Occidente,
que más de joyas que de viento llenas,
hacen montes de plata sus arenas...*

eran una vislumbre de la tierra de promisión para quien no podía tener más Indias que las puramente imaginarias.

¡Riqueza americana! ¡Cuán fabulosamente grande debía presentarse a los ojos del poeta! Para encarecer la magnanimidad de Felipe III —¿sin asomo de ironía?— dice:

*Desatada la América sus venas,
suplió munificencia tanta apenas;*

y para ponderar la grandeza y la insensibilidad del océano:

*... ese profundo
campo ya de sepulcros, que, sediento,
cuanto en vasos de abeto Nuevo Mundo
—tributos digo américos— se bebe,
en tómulos de espuma paga breve.*

En fin, en Góngora abundan extraordinariamente las referencias al Perú y al Potosí, etc., a veces en frases que ya empiezan en la época a estar estereotipadas, y que luego han de quedar definitivamente fijadas en el idioma: *cien vecinos del Perú* (cien escudos); *segundo Potosí fuera de plata...*, etc.

Metáforas.—Góngora no podía desperdiciar tanta riqueza. También él tiene su conquista de las Indias, una conquista, claro está, metafórica.

La poesía renacentista había seleccionado para sus juegos imaginativos, brillantes, fastuosas palabras. Cuando a fines del siglo XVI y principios del XVII se intensifica el gusto por la metáfora y, junto con él, el despliegue poético de nitideces y esplendores, abundan como nunca en poesía nácares, oro, marfil, perlas. Una costumbre, ya antigua, llevaba a los poetas a localizar todas estas preciosidades en sus centros productores más afamados. Para la literatura grecolatina, las tierras productoras por excelencia de lo precioso fueron las cercanas al mar Eritreo. Pero descubierto el mundo occidental, se abren a los poetas nuevos territorios vírgenes aptos para la localización de la suntuaria metafórica.

Góngora, poeta cuya concepción de la imagen —por época, por educación y por temperamento— estaba aún íntimamente ligada a los esplendores de oriente, no deja de participar, sin embargo, en el aprovechamiento de los nuevos veneros. Seguirá siendo fiel a la poética grecolatina:

*De su frente la perla es eritrea
émula vana...;*

pero no desperdiciará las nuevas posibilidades:

*Con su garganta y su pecho
no tienen que competir
el nácar del mar del Sur,
la plata del Potosí;*

y, si tiene que comparar la espuma que rodea la proa de una veloz barquilla, echará mano de las perlas, pero nada menos que de las perlas ensartadas en collares alrededor del cuello de una Coya del Perú: la barquilla:

*...el mar encuentra, cuya espuma cana
de su parda aguda proa
resplandeciente cuello
hace de augusta Coya peruana,
a quien hilos del Sur tributó ciento
de perlas cada hora.*

Los descubrimientos marítimos.—La visión de América como una tierra fabulosamente rica no abandona a Góngora, ni aún en la ocasión en que más decidida y directamente trata de asuntos americanos. Hay en la *Soledad* primera un largo trozo —unos 140 versos— en el que el poeta resume la historia de la navegación. Después de haber aludido a las fabulosas empresas de Tifis y Palinuro, pasa a tratar de la historia de los descubrimientos modernos, y, ante todo, de los españoles. Daré aquí, con un breve comentario —la comprensión del pasaje es difícil—, los trozos de más interés. El sujeto de toda la narración, el causante de todos los descubrimientos, según Góngora, va a ser la Codicia:

*Piloto hoy la Codicia, no de errantes
árboles, mas de selvas inconstantes,
al padre de las aguas Océano
—de cuya monarquía
el Sol, que cada día
nace en sus ondas y en sus ondas muere,
los términos saber todos no quiere—
dejó primero de su espuma cano,
sin admitir segundo
en inculcar sus límites al mundo.*

“Hoy la Codicia, hecha piloto, no ya de algunas embarcaciones aisladas, sino de verdaderos bosques de navíos, ha surcado todas las aguas del océano, el cual es tan grande, que ni aún el Sol —que en mar nace y

muere— puede llegar a conocer sus límites”. Estos versos sirven como de preámbulo para tratar del primer viaje de Colón:

*Abetos suyos tres aquel tridente
violaron a Neptuno,
conculcando hasta allí de otro ninguno,
besando las que al Sol el Occidente
le corre en lecho azul de aguas marinas,
turquesadas cortinas.*

“Tres embarcaciones suyas (es decir, de la Codicia) violaron el Atlántico —parte del océano no surcada hasta entonces—, llegando a besar sus últimos límites”.

Góngora tal vez no se interesaba por el fondo de la cuestión, sino se dejaba llevar por un ejercicio retórico con evidentes modelos clásicos:

*A pesar luego de áspides volantes
—sombra del Sol y tósigo del viento—
de caribes flechados, sus banderas
siempre gloriosas, siempre tremolantes,
rompieron los que armó de plumas ciento
lestrigones el istmo, aladas fieras:
el istmo que el Océano divide,
y —sierpe de cristal— juntar le impide
la cabeza, del Norte coronada,
con la que ilustra el Sur cola escamada
de antárticas estrellas.*

“Las banderas de la Codicia derrotaron a los salvajes caribes que habitaban en las cercanías del istmo de Panamá; istmo que divide el océano y, como si éste fuera una sierpe de cristal, le impide juntar la cabeza —el Atlántico— con la cola —el Pacífico”.

Continúa luego el poeta hablando del descubrimiento y navegación del océano Pacífico:

*Segundos leños dió a segundo polo
en nuevo mar, que le rindió no sólo
las blancas hijas de sus conchas bellas,
mas los que lograr bien no supo Midas
metales homicidas.*

“La Codicia dió nuevos navíos al polo aus-

tral, navegando por el océano Pacífico, y éste le rindió sus perlas y el oro y la plata de sus regiones”.

Vienen después unos cuantos versos que aluden a los descubrimientos de los portugueses y, por último, la narración poética del viaje de Magallanes completado por Elcano:

*Zodiaco después fué cristalino
a glorioso pino,
émulo vago del ardiente coche
del Sol, este elemento,
que cuatro veces había sido ciento
dosel al día y tálamo a la noche,
cuando halló de fugitiva plata
la bisagra, aunque estrecha, abrazadora
de un Océano a otro, siempre uno,
o las columnas bese a la escarlata,
tapete de la aurora.
Está pues nave ahora
en el húmido templo de Neptuno
varada pende a la inmortal memoria
con nombre de Victoria.*

“El mar sirvió como de zodiaco de cristal a una gloriosa nave que lo circundó todo, la cual, después de cuatrocientos días de navegación, logró encontrar el estrecho que separa el Atlántico y el Pacífico. Esta nave pende ahora, para recuerdo de tal hazaña, en el templo de Neptuno”.

Tal es la narración del descubrimiento de América introducida por Góngora en la primera de sus *Soledades*.

La visión de América que nos ofrece Góngora —dejada aparte la maravillosa envoltura artística en que la encubre el poeta— nos produce hoy desconsuelo: América, según Góngora, es un país a cuyo descubrimiento nos ha llevado la codicia, al que hemos dado nuestra religión y al que podemos extraer, en cambio, sus portentosas riquezas. Afortunadamente, la labor de España en las Indias estaba siendo mucho más generosa de lo que podía suponer un cerebro del siglo XVII español, aunque este cerebro fuera el de don Luis de Góngora y Argote.